Jesús Jaén Urueña

La Humanidad ha abierto las puertas del infierno

"Parece que el ser humano prefiere una vida corta y extravagante que otra larga y aburrida"
Nicolás Georgescu-Roegen (padre de la Bioeconomía)

El título del artículo no es mío, son palabras del secretario general de la ONU, António Guterres, en la Asamblea General que se celebró el día 20 de septiembre. No le falta razón. Desde el 30 de noviembre hasta el 12 de diciembre se va a celebrar la COP 28 (Convención de las Naciones Unidas sobre el cambio climático) en Dubai. Allí se va a presentar la primera Evaluación Global (GST) sobre el cambio climático. Según los informes de Naciones Unidas "buscarán la descarbonización de la economía implantando las energías verdes para impulsar un desarrollo sostenible". Nada nuevo bajo el sol.

Desde la primera cumbre en 1995 las cosas han evolucionado a peor. A pesar de que se firmaron acuerdos "ambiciosos" como el Protocolo de Kioto en 1997 o el Acuerdo de París en 2015. Allí se aprobó que había que evitar que la temperatura media de la Tierra creciera más allá del 1,5 grados en relación a la era preindustrial; para lograr ese objetivo se planteaba reducir las emisiones de GEI (gases con efecto invernadero) a un 50% en 2030. Pues bien, las cosas no solo no han marchado en esa dirección sino al revés. Los GEI han aumentado y cada vez más. Veamos los datos oficiales.

Vamos a tomar una primera medición. La de las partículas de CO2 por millón en la atmósfera (ppm) y veremos cómo ha ido evolucionando la situación, tanto a largo plazo como a corto y medio. Antes de la revolución industrial había 280 ppm. En 1960 317 ppm. En 1995 360 ppm. En 2016 400 ppm y en 2023 424 ppm. Si tomamos estos períodos de tiempo veremos cómo el promedio ha ido en ascenso, hasta llegar a una cantidad inusual en los últimos siete años. Normalmente, la comunidad científica denomina el período de los últimos 50 años como los de la gran aceleración, porque es el tiempo donde se han empezado a registrar los mayores cambios en relación al calentamiento global. Sin embargo, como veremos más tarde, dentro de la gran aceleración se está produciendo otro fenómeno más cercano que es una aceleración dentro de la aceleración (aunque esto es prematuro, pues en general la comunidad científica trabaja en base a tendencias mayores). En cualquier caso el aumento de partículas contaminantes no es lineal sino exponencial.

Pues bien, tomando en cuenta estos datos vemos que en los 150 años que van de la primera revolución industrial a los años 60 del pasado siglo el promedio anual era de 0,2. Desde 1960 hasta 1995 (primera cumbre del COP) el promedio anual subió a 1,1. Entre 1995 y 2023 el promedio ya era de 2,6. Y si tomamos solo los últimos siete años (2016-2023) el promedio sería de 4.

Con otros factores la intranquilidad aumenta. El objetivo de la ONU era no superar los 1,5 grados en el año 2050. Sin embargo en el año 2023 estamos teniendo temperaturas promedios de 1,43 grados a nivel general (insistimos es una escala temporal muy pequeña que invita a no sacar conclusiones definitivas), pero lo que sí es cierto es que podemos estar hablando de haber superado fácilmente los 1,1 grados que ya había el año pasado. Estamos, por lo tanto, con temperaturas medias que superan en mucho los 15,6 grados de 1986. El 4 de julio de 2023 registró la temperatura promedio más alta de la Tierra desde que hay registros (17,18 grados). En algunas zonas del globo se alcanzaron 50 grados y en la Península Ibérica se batió el récord con 47,6 grados.

No podemos entrar aquí en más detalles de cómo repercute el clima para la biodiversidad con la pérdida de numerosas especies; desertización de zonas; acidificación de los océanos, escasez de agua dulce, pérdida de glaciares, fenómenos atmosféricos extremos, etc. Todo esto está teniendo efectos inmediatos en las poblaciones más afectadas. Se calcula que una subida extrema de temperaturas (a partir de 3 grados centgrados) tendría efectos devastadores sobre África, India, Oriente Medio, sudeste asiático y las zonas tropicales.

Otro fenómeno que tendremos los próximos años es la corriente del Niño. Se trata de un fenómeno natural y no antropogénico. El Niño es una corriente cálida que se origina en el océano Pacífico pero condiciona el clima en todo el mundo. Es muy posible que entre los años 2023 y 2026 vivamos un período más cálido. Algunos informes hablan de que hay un 50% de posibilidades de que la temperatura se elevará 1,5 grados más. Pero también el Niño, en la medida que contribuye a desatar otros fenómenos meteorológicos, podría repercutir en un aumento de las anomalías que estamos viviendo en los últimos años.

Visto este panorama cabría preguntarse si la Humanidad quiere suicidarse, ya que la influencia del ser humano en estos cambios es lo decisivo. Yo opino que no. Por eso prefiero denominar a esta era no como Antropoceno sino como Capitaloceno; es decir, que no se trata solo de una relación genérica entre el ser humano y la naturaleza, sino más en concreto del período que se inició con la industrialización y el uso de las energías fósiles. En ese sentido comparto las opiniones de la corriente ecosocialista o marxista expresada muy bien por Jorge Riechmann, Daniel Tanuro, Andreas Malm, o científicos como Antonio Turiel, etc. No se trata de la naturaleza humana sino de la naturaleza del capitalismo. Y para superar esta situación, es inevitable ir a la raíz del problema que no es otro que el modo de producción capitalista que ha ido construyendo una civilización material a su imagen y semejanza.

La llamada transición energética o la economía basada en energías renovables (bienvenidas sean en la medida que sustituyan el petróleo, carbón, gas y energía nuclear), tienen grandes limitaciones tanto en su uso y producción a partir de minerales (silicio, arseniuro, platino, iridio, paladio…), o eliminación de residuos. Pero lo que es con todo muy evidente, es que, aunque fueran inocuas al cien por cien, la eficacia desde el punto de vista de la rentabilidad es, hoy por hoy, a favor del fósil por su transportabilidad (recomiendo el libro de Andreas Malm *Capital fósil* en donde se realiza un estudio histórico sobre el uso del carbón para hacer funcionar las máquinas de vapor y las ventajas de rentabilidad que en aquellos momentos tuvieron frente a los molinos hidráulicos).

Bajo el capitalismo nada se produce sin que sea rentable desde el punto de vista del beneficio capitalista, no del beneficio social. El capitalismo no es un sistema racional que mira al futuro de la humanidad, sino un sistema de competencia imperfecta en donde las empresas capitalistas luchan para obtener la mejor maximización de sus inversiones. Es una guerra sin cuartel en donde salen adelante las empresas mejor posicionadas. No hay nada de humanidad ni

decencia en el proceso de valorización. Esto lo ha sintetizado muy bien Carlos Torres Vila, presidente del BBVA, quien afirmaba que "la descarbonización de la economía se producirá en la medida que las inversiones en nuevas tecnología verdes sean rentables". Más claro el agua. Tomando los datos que se manejan, una transición energética global en el mundo (suponiendo que todo el mundo estuviera de acuerdo), necesitaría una inversión de 37 billones de dólares en una década (algo así como tres veces el dinero emitido tras la pandemia por parte de la Reserva Federal y el Banco Central europeo). Unas cifras que no están al alcance más que de la unión de estados o economías más fuertes y con la colaboración de los grandes fondos de capital. No decimos con ello que no haya inversiones o incluso esté aumentando el mercado de las energías renovables; lo que sí decimos es que no soluciona los problemas de fondo y crea otros nuevos (residuos). La llamada nueva economía verde (New Green Economy) se parece más a una invitación a las empresas a un nuevo nicho de negocio que a una solución para la gente.

¿Los Estados están dispuestos a llevar una revolución verde? No. Puede haber Estados que lo empiecen a hacer y, como dije antes, bienvenidos. Pero el problema no es de un Estado sino de la naturaleza del sistema económico y por ende del sistema de Estados. Creo que no hace falta incidir más en que los Estados hoy centran sus preocupaciones en la configuración del nuevo orden mundial y las guerras de Ucrania, Palestina o el Saheb. El teatro de operaciones, para nuestra desgracia, no es el abandono del petróleo sino el aumento de industrias tan antiecológicas como la producción de municiones y armas. Mientras no consigamos un cambio de paradigma, es decir, sustituir la idea de progreso material o tecnológico indefinido, por uno nuevo que es el decrecimiento de los países más ricos, seguiremos metidos en esta espiral. Es necesaria una disrupción pronto y profunda. Pero la solución no es fácil. Si no hay movilizaciones muy importantes, nuestros gobiernos seguirán priorizando otras cuestiones. Estamos ante el principal problema de la Humanidad y sin movilizaciones (al menos al nivel que sería deseable).

Como escribía Luis Arenas en un artículo de homenaje a Nicholas Georgescu-Roegen, la Humanidad tiene tres grandes salidas: 1.- Profundizar el actual modelo tirando de todos los recursos al precio de reducir el tiempo de la especie. 2.- Podemos seguir aumentando el consumo y alargar el tiempo de vida de la especie a cambio de reducir drásticamente el número de seres humanos (ecofascismo). 3.- O podemos reducir nuestra producción y consumo alargando el tiempo de la especie. Se trataría de elegir cuál de las tres salidas es la que más le interesa al conjunto de la humanidad. Entre la segunda y la tercera no hay duda ética ni política. Se trata de elegir entre una forma de fascismo espantoso o la supervivencia de la civilización. Entre la primera y la tercera todavía le caben, a muchas y muchos, algunas dudas. Piensan que se pueden mantener los actuales niveles de consumo y producción haciendo una transición hacia una economía limpia basada en las energías renovables (ya hemos señalado nuestras objeciones pero recomiendo el libro de Antonio Turiel titulado *Petrocalipsis*). También los hay que piensan que una tecnología milagrosa nos salvará antes de que toque la campana. Parece mentira que, tras casi treinta cumbres sobre el clima, y a la vista de los resultados, sigamos escogiendo el camino más fácil ahora pero más complicado para nuestro futuro. No debemos resignarnos. A medio y largo plazo este es el mayor problema que tiene la Humanidad. Tenemos todas las evidencias científicas ¡Actuemos!